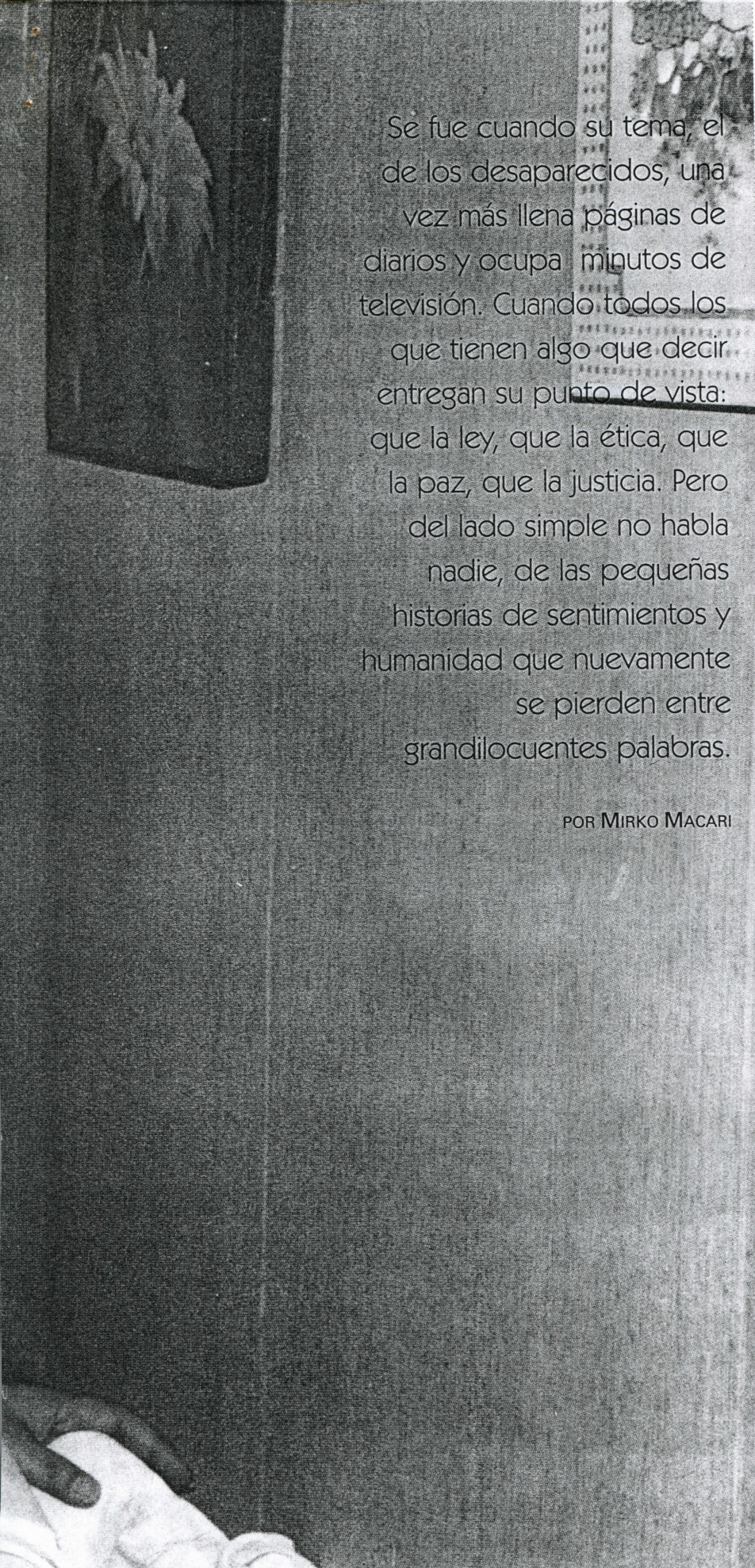


SOLA SIERRA

YA NO BAILA SOLA





Se fue cuando su tema, el de los desaparecidos, una vez más llena páginas de diarios y ocupa minutos de televisión. Cuando todos los que tienen algo que decir entregan su punto de vista: que la ley, que la ética, que la paz, que la justicia. Pero del lado simple no habla nadie, de las pequeñas historias de sentimientos y humanidad que nuevamente se pierden entre grandilocuentes palabras.

POR MIRKO MACARI

Estaba calurosa y soleada esa tarde. Mal que mal era 15 de diciembre y el estío se anunciaba en Santiago como todos los años en la semana previa a la Navidad. En la casa de los Pizarro-Sierra había un ambiente de alegría. Waldo, Sola y sus tres hijos se preparaban para el matrimonio de un sobrino que se iba a celebrar el 18. De hecho, ella estaba cosiendo un vestido para su hija cuando Waldo dijo que saldría a cortarse el pelo. Antes, él le había ayudado a tizar el molde; todos se preparaban del mejor modo para la ocasión. Por fin se juntarían nuevamente con su numerosa familia, una costumbre muy arraigada entre ellos, pero que debieron interrumpir por razones de fuerza mayor desde el 11 de septiembre de 1973.

Waldo y Sola fueron comunistas desde muy jóvenes. Justamente se conocieron en un curso del partido, en 1961, y de ahí al matrimonio pasó poco más de un año. Él siempre reconoció que lo suyo había sido amor a primera vista, pero Sola era tímida y pudorosa, por lo que no aceptó de buenas a primeras que se sentía atraída por este "compañero": no era bien visto que en una actividad seria, una militante destacada anduviera buscando pololo.

Pero el destino dijo otra cosa y como él vivía en La Serena, el romance debió hacerse por la vía epistolar, al menos por un tiempo. No duró mucho: el 22 de diciembre de 1962 contrajeron el sagrado vínculo y se fueron a vivir a la ciudad de las papayas.

Tampoco tardaron en llegar los niños. Primero Waldito, en 1963, quien vino al mundo algo adelantado y por tanto tuvo que nacer en provincia no más. Después, y muy de acuerdo a la época, Sola se vino a Santiago a tener a sus hijas —las dos bien seguiditas—, Lenia y Lorena.

En 1969, los Pizarro-Sierra decidieron mudarse a Santiago. Llegó el gobierno de Allende y a Sola le tocó trabajar en el área de desarrollo social del Ministerio del Interior, organizando campamentos infantiles y realizando labores de asistencia en catástrofes, mientras Waldo se dedicaba a la actividad política. Quienes lo recuerdan a él lo evocan siempre con sus niños en brazo, ya fuera en una marcha —costumbre



Cuando estuvo en París, en 1997, no dejó de visitar el lugar donde murió la princesa Diana, eso sí por expresa petición de su hermana.

usual en aquel período, tanto como ir a los malls hoy— o en una reunión del regional San Miguel, del cual era secretario, o simplemente en los paseos al campo, que eran su pasatiempo preferido.

Cuando se produjo el Once, Waldo sabía que corría peligro; personas que estuvieron detenidas le contaron que su nombre era uno de los que se mencionaba en los interrogatorios.

Aunque se presentó la posibilidad de que la familia completa saliera del país, pensaron que lo correcto era quedarse porque no habían hecho nada malo. Al menos, si se aceptaba que tener una militancia política no era algo malo. Eso sí, tomaron innumerables medidas de seguridad, la primera de las cuales fue cambiarse de su departamentito Corvi de la villa Jaime Eyzaguirre, en la comuna de Ñuñoa, ubicado en la intersección de las calles Rodrigo de Araya con Ramón Cruz. Muchas veces se mudaron a diferentes lugares e incluso en una oportunidad decidieron que los niños se fueran a vivir con su abuela, pero ni ellos ni los pequeños aguantaron estar separados.

El oficial de caballería

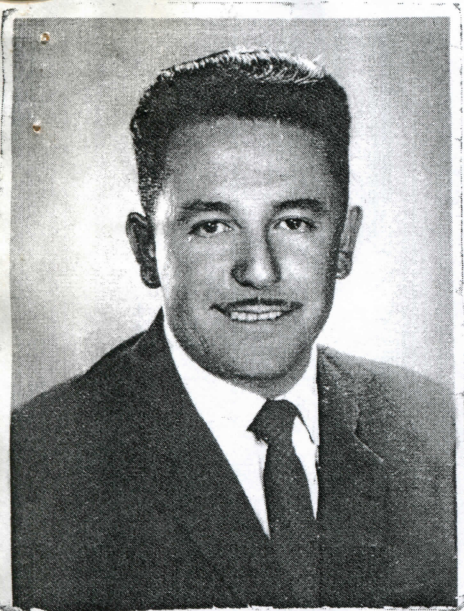
“Del tema de los desaparecidos yo sé bastante poco”, parte aclarando el general (r) Jorge Ballerino. También remarca que él habla a nombre personal, pero pocos dudan de que por su cercanía a Pinochet él cabalga con agilidad en estas espinudas materias. Por algo fue oficial de caballería y por algo también su voz se ha hecho escuchar en estos días.

Va directo al hueso: “Mi pensamiento, y ya convencido de que estas situaciones existieron, es que en la forma en que se están tratando no se van a lograr ni la verdad ni la reconciliación”.

El general (r), por supuesto, se refiere a la nueva interpretación de la Ley de Amnistía que dio la sala penal de la Corte Suprema, en el sentido de presumir que los desaparecidos están secuestrados, para poder investigar sobre sus destinos.

“Cualquiera que sepa algo a lo mejor se va a abstener de dar información. Creo que si queremos verdad, vamos a tener que olvidarnos de la justicia”.

Tampoco le gusta a él lo que las instituciones han denominado el desfile de uniformados por los tribunales. Aclara que es legítimo que los familiares quieran encontrar a sus deudos, pero rápidamente contraataca: “La Ley de Amnistía se ha modificado en detrimento de las Fuerzas Armadas. Esto es una venganza con un objetivo final: destruir a los militares para que no tengan la capacidad moral de volver a intervenir”. Y reafirma: “Terminar con la transición no puede ser a costa de juzgar a quienes han sido en su mayoría causantes de una inmensa obra, muy superior a la de cualquier otro gobierno. Si es así, entonces también juzguemos a los responsables de la internación de armas en los setenta”.



A la izquierda, Waldo Pizarro, en una de las pocas fotografías que se tienen de él. Las otras se perdieron en medio del caos, después del 11 de septiembre de 1973. A la derecha, Sola con sus dos primeros hijos, Waldito y Lenia, cuando la familia vivía en La Serena.

Ese 15 de diciembre de 1976 ya llevaban varios meses en la misma casa de 2 Norte con la Transversal, en la comuna de Maipú. Más que los aconsejables.

“Si me va a pasar algo quiero estar hasta el último momento con mi familia”, había dicho Waldo. Y así no más fue. Ese tiempo los cinco compartieron muchas cosas. Veían *Los bochincheros* en el televisor—de esos antiguos con patas—, que habían com-

prado en 1971. También grababan los juegos y shows de los niños en la radio Hitachi que tenían. Una de esas cintas quedó con la voz de él para la posteridad. Fue para un cumpleaños de Sola; ahí le decía cuánto la quería y lo agradecido que estaba por los hijos que tuvieron juntos.

En esa época se dieron el tiempo para conversar largo y tendido, de lo humano y lo divino, en las largas sobremesas, obligatorias

luego de las abundantes delicias con las que Sola hacía gala de sus habilidades culinarias.

A Waldo le gustaba la buena mesa y su debilidad eran los productos del mar, especialmente la paila marina y la pescada rellena al horno. En las tardes de invierno, para la once, religiosos eran el *pie* de limón o las típicas sopaipillas, ya fueran pasadas o simplemente fritas.

Cuando no estaba en la cocina, Sola se

LA FAMILIA UNO

VIZZIO Costa®

DEJAME UNO

**"SOLA, AHÍ VIENEN LOS NIÑOS,
ASÍ QUE ESTÁTE TRANQUILA",
LE DIJO SU HERMANA.
"CÓMO ME PIDES QUE ESTÉ
TRANQUILA, SI YO CON ELLOS
TENGO QUE LLORAR".**

**Y DE AHÍ NO PARÓ DE LLORAR.
LO HIZO ESE 22 DE DICIEMBRE,
EN QUE CUMPLIRÍA CATORCE
AÑOS DE MATRIMONIO.
Y EL 24, DONDE OBTIENIENDO
NO HUBO REGALOS, NI
CELEBRACIÓN
DE NAVIDAD.**

dedicaba a tejer, hacer croché o coser en la vieja máquina que su esposo le había regalado. Aunque era usada cumplía bien su fin, como en esa tarde del 15 de diciembre.

Dadas las especiales circunstancias, el matrimonio había tomado sus precauciones: él tenía una especie de clave para golpear la puerta, que Sola esperó ansiosa esa noche. También la siguiente, y la siguiente.

Ellos eran un matrimonio muy afectivo, muy de hacerse añuñucos y regalonear, por lo que tenían una comunicación especial, de piel, que hizo que Sola presintiera desde el primer momento que a Waldo le había ocurrido algo.

Como estaba nerviosa planchó con desesperación para pasar el rato. Había toque de queda y podía ser que a Waldo lo hubiesen pillado por ahí.

Llegó la mañana y temprano, como a las seis, levantó a los niños. Los llevó a casa de su mamá para poder salir a hacer las diligencias de rigor. Hospitales, comisarías, la morgue fueron puntos obligados de una búsqueda que no pararía más. También la Vicaría de la Solidaridad, donde pidió ayuda a los abogados para presentar un recurso de amparo. Unos familiares fueron quienes le llevaron a sus hijos esa tarde.

"Sola, ahí vienen los niños, así que estáte tranquila", le dijo su hermana.

"Cómo me pides que esté tranquila, si yo con ellos tengo que llorar".

Y de ahí no paró de llorar. Lo hizo ese 22 de diciembre, en que cumpliría catorce años de matrimonio. Y el 24, donde obviamente no hubo regalos, ni celebración de Navidad. Nadie se abrazó ese Año Nuevo, ni el siguiente. Y así por mucho tiempo, hasta que pasaron los años y llegaron los nietos; el primero, en abril de 1987. Ya no estaba tan sola como cuando vino al mundo sin ningún tipo de ayuda médica y su padre exclamó: "¡Pero qué solita nació!". Su nombre estaba claro.

Entonces, Sola volvió a sentir alegría, pero una alegría mezclada con pena, la pena de que Waldo no estuviese para cumplir el sueño de verlos jugar, pues la debilidad del hombre eran los niños.

En el intertanto, Sola había convertido su búsqueda en una causa, liderando a muchas mujeres que estaban en la misma condición que ella: pesquisar algún indicio para saber dónde estaban sus esposos, sus parejas, sus padres o sus hijos. Así, su rostro se convirtió en un ícono público, en uno de los dos lados del cara y sello en que aún está dividido Chile.

En ese trabajo le tocó recorrer el mundo, siendo recibida por altos dignatarios como el Papa, los reyes de España y figuras del mundo artístico como Jane Fonda, Paul Newman, Bono —el vocalista de U2— y Sting, quien le escribió a los familiares de los desaparecidos la famosa *Cueca sola*, que precisamente Sola universalizó, bailando con su mano izquierda en la cintura y la derecha en alto con el pañuelo blanco, por supuesto sin pareja. Muy dentro suyo, ella siguió esperando que Waldo llegara. Jamás pudo rehacer su vida, pues él era el único hombre que amó. Sola murió el pasado 2 de julio de un paro cardíaco durante una operación a la columna. Pocas cosas

La verdad como terapia

Daniela Marín se suicidó hace dos meses en Iquique inoculándose una dosis letal de insulina. Tenía 27 años y desde hace 26 que su padre está desaparecido. Creció cargando el sufrimiento familiar y el de su madre, que además fue uno de los casos más emblemáticos de tortura en el norte.

El año pasado, Daniela viajó a España para declarar ante el juez Baltasar Garzón en el proceso contra el general (r) Pinochet. Iba con el afán de encarar el problema y reivindicar la figura de su padre, según cuenta el psiquiatra Carlos Madariaga, quien desde 1976—cuando era estudiante—se dedica al tema de salud mental y derechos humanos. Él atendió por años a Daniela, así como a muchos otros que no conocen el paradero de sus familiares y dice que lo de ella es algo típico: "Cualquier acontecimiento que remueva la experiencia traumática, rápidamente reactiva los procesos depresivos agudos, que son la patología de mayor prevalencia entre los que sufren esta experiencia".

Madariaga explica que este problema parte de que los familiares de los desaparecidos viven un duelo patológico, un duelo congelado en el tiempo: "Todos los rituales normales en la cultura occidental quedan obstaculizados por la ausencia del cuerpo. Eso impide que el familiar llore, acompañe y materialice el sufrimiento de la pérdida en los restos".

Según el profesional, es muy difícil que alguien sometido a esta experiencia no presente algún grado de trastorno. "Cuando no se expresa en enfermedades mentales específicas, ocurren otro tipo de trastornos como graves disfunciones familiares, violencia intrafamiliar, problemas de desadaptación laboral y debilidad del proyecto histórico vital, que no es otra cosa que un plan de vida con objetivos y aspiraciones definidas". También son frecuentes los casos de suicidio—sobre todo en quienes no han compartido su sufrimiento con otros—, así como una alta prevalencia de cáncer: "Ya está probado que el estrés crónico produce una importante depresión del sistema inmunodefensivo del organismo. El familiar de un desaparecido vive la incertidumbre constante, la presión de una situación de indefinición en el contexto del sufrimiento personal crónico", dice. Para Madariaga el tema de la verdad y la justicia no es sólo un imperativo moral, sino también terapéutico: "El cuerpo no quita el dolor de la pérdida. Éstas son experiencias límites que provocan un daño irreparable. Pero es notablemente distinta la situación de los que han encontrado a sus deudos. Ellos tienen un remanso de tranquilidad porque hay un plano de comunicación espiritual con el ser querido cuando se va el domingo a dejar una flor en su tumba".

materiales dejó para lo posteridad, entre ella los recuerdos que atesoraba de Waldo: la argolla matrimonial que él se había sacado porque adentro decía "Sola" y no quería ponerla en peligro; un viejo lápiz Parker de esos típicos, verde de un lado y plateado del otro; unos aritos y un collar de ámbar que le había regalado cuando estaban pololeando. Y también la estampita con la foto de él, que Sola siempre tenía prendida con un alfiler en el pecho. Pocos saben que ésta en verdad era una hoja doblada que en el interior tenía un poema:

Si me esperas, yo volveré
Pero, espérame muy firme, firmemente
Espérame cuando la lluvia plomiza
acompaña la tristeza (...)
¿Cómo he sobrevivido?
Sólo tú y yo lo sabremos
Es muy simple,
tú habrás sabido esperarme,
¡como nadie! ■



Con su amiga Viviana Díaz, celebrando la detención en Londres del general (r) Augusto Pinochet. En esa ocasión estaba convaleciente de otra operación, pero no dudó en dejar la cama para asumir la vocería de lo que ella creía justo.

VIZZIO Costa®

